

El oso

Celeste Villarreal

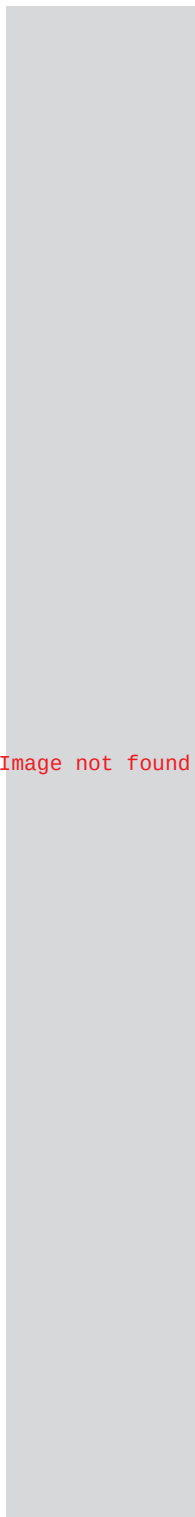


Image not found.

Capítulo 1

El oso

por Celeste Villarreal

Me he encontrado más de una vez contemplándote mientras duermes. En medio de la noche, cuando solo te ilumina la luz azul de la calle que entra por la ventana, la cual insisto mantener abierta muy a tu pesar. Cuento tus tranquilas respiraciones mientras exploro los músculos de tu pecho como colinas con las puntas de mis dedos, siento que no estás, mas me acompañan los leves ronquidos escapados de tus labios entreabiertos. A veces noto el calor de tu brazo sobre mi piel, arqueando tu mano para sujetar posesivamente mi cintura o rodear con ella mis piernas. En alguna ocasión llegué a comentarte esto, frunciste el ceño consternado, “¿Posesivamente?”. Inmediatamente lamenté mi elección de palabras, sonreí restándole importancia, “Protectoramente”, me incliné para borrar tu memoria con mis labios.

Cuando era chica un hermoso pardo a veces se dejaba ver por la casa antes del invierno. La maravillosa criatura de pelaje grueso marrón paseaba por entre los altos árboles a grandes pasos. Gotillas de lluvia o nieve se atoraba en su espalda, simulando una fantástica capa de monarca que lo declaraba a gritos como el dueño de sus alrededores. Hundía sus patas en el suelo mojado, dejando bonitas huellas en forma de garras ambulantes, que marcaban su camino; desde la montaña, pasando por el pequeño lago, hasta el corral donde vivían las cabras de mi madre. Supongo que me recuerdas un poco a él, sobre todo cuando duermes, sobre todo cuando me sostienes.

Ahora que lo pienso, no creo que los dos adjetivos sean demasiado diferentes. ¿Cómo puedes pretender proteger algo sin antes creer que lo posees? Solo puedes proteger aquello que eres capaz sujetar entre tus palmas, de eso estoy segura. Sé lo que me dirías si te preguntara, si te exigiera que me explicaras por qué son tan distintas. Me llamarías tonta cariñosamente, callándome con un hambriento beso. Hasta que finalmente concluya, en mis reflexiones nocturnas, que si voy a ser poseída es mejor tener un amo protector a uno cruel. Te observo porque te ves muy diferente cuando duermes, si soy verdaderamente sincera nunca te ves igual, tu aspecto cambia siempre que un sentimiento nuevo te domina. Ahora mismo te miras encantador, tus enormes facciones calmadas entre sombras y silencio. Me gustaría retratarte, pero cuando nos encontramos así me es imposible moverme, no queriendo despertarte.

Mi mente me sigue llevando a esa mañana de noviembre cuando salí a recolectar las frutillas para el desayuno, mamá compraba cajas de arándanos en el supermercado pero aún así me dejaba creer que los

pocos que yo encontraba en los arbustos a las faldas de la montaña eran mejores. Me desperté temprano, justo cuando el sol comenzaba a salir. El pequeño bosque era un lugar encantador, sobre todo cuando acababa de llover, con las gotas de rocío aún brillando sobre las verdes hojas como diminutos reflectores. De pequeña nunca soñé con reinos lejanos, no deseaba ver los maravillosos castillos que encerraban elegantes salas de cómodos tronos incrustados con gemas coloridas. Cuando mamá me contaba historias de reyes o princesas siempre hablaba de oscuros bosques con incontables peligros, pero yo solo había conocido el mío. Sus adornadas torres no podrían compararse con mi fantástico reino de gigantes pinos y tierra húmeda.

He pasado de visita varias veces a lo largo de los años, aunque tu no sabes eso. Es a donde voy cuando tu crees que estoy pasando tiempo con una vieja amiga, esos retiros que a veces realizo pero a los que nunca me puedes acompañar. No es que alguna vez te hayas ofrecido a hacerlo, nunca te ha interesado demasiado mi vida anterior a ti. Pero aún así me escuchas contar elaboradas historias de mis visitas, haciendo esporádicos comentarios y distraídas observaciones. No sé por qué siento la necesidad de mentirte, como si temiera que de saber la verdad me prohibirías esos paseos de nostalgia, para protegerme. ¿Cómo podrías permitirme recorrer caminos donde la mayor fuerza no eres tu si no otra bestia con mejores colmillos?

Frente a mi pequeño bosque está la casa donde vivía con mi madre, la acogedora cabaña que me vio crecer. La madera es oscura, detallada con un barniz que en algunos lugares parecía escurrirse como miel, creo haberla escuchado decir que era ciprés. Ella misma se había encargado de seleccionar los troncos, prepararlos, colocarlos uno sobre otro para construir nuestro hogareño universo. Era una mujer increíblemente hábil, tenía la sabiduría de comadrona rural acompañada de los brazos del mejor leñador. Me es imposible recordar qué hacía para ganarse la vida, por siempre ignoraré si llegó a estudiar en cualquier institución o si había existido fuera de las paredes de nuestro hogar. Supongo que tuvo que tener instrucción de cierto tipo, porque sabía tocar el piano, conocía las historias de todas las constelaciones, me enseñó a leer y escribir.

Fue en esos tiempos en los que me di cuenta de que nada en este mundo podía ser más bonito que el color de las plantillas silvestres que se aferraban a la tierra. Creo que en una ocasión le dije a mamá que quería convertirme en una hierba, no habré tenido más de cinco años, recuerdo ver ternura en sus ojos. La misma que a veces encuentro en los tuyos, esa compasión reservada para las niñas que hacen preguntas tontas. Pero ninguno de los dos ha logrado comprender mi extraño deseo, la ardiente necesidad que habita en mi pecho de ser abrazada por la tierra, bañada por la fría lluvia otoñal. ¿Qué puede ser mejor que ser una hierba en el campo? Pasar los días sin notarlos, crecer entre tus semejantes para morir con la misma indiferencia con la que conquistaste el mundo. Porque a fin

de cuentas, la indiferencia inconsciente es lo más cercano que puedo concebir a la paz de espíritu.

Pero no soy una hierba, así que lo que me quedaba por hacer es recostar mi cabeza en el pasto e imaginar una vida mejor. Tal vez por eso sigo acudiendo a los pies del acebo para ver cómo las lágrimas cristalinas se escurren por su corteza, escuchando a incontables insectos transitar entre las plantas con andar apurado.

Fue una de esas veces cuando un sonido ensordecedor destrozó mis ensoñaciones en un instante. El inconfundible grito de una disparo atravesó la atmósfera, petrificándome entre las raíces del gran árbol, los cabellos en mi nuca imitando a los de la cresta de un gato espantado. Permanecí en silencio, por lo que pude escuchar un juego de pezuñas golpetear el suelo, al principio con desenfreno, perdiendo velocidad mientras se acercaban a mi escondite. Antes de que pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, sentí como la criatura caí a mi lado, colapsando su ágil cuerpo sobre la tierra.

Sentí como una sustancia caliente se escurría en mi dirección, empapando mi ropa, adhiriéndose a mi cabello. Giré levemente para quedar cara a cara con el venado moribundo, sus grandes ojos azabache implorando ayuda, sus quejidos aumentando en desesperación. La bala lo había herido en el estómago, ahora se estaba desangrando lentamente, moviendo sus patas como si creyera que volvería a ser capaz de correr. Estaba tan aterrorizada ante el horrible espectáculo del que me había convertido en testigo que no noté el par de pisadas que se precipitaron sobre el animal para terminar de matar a la desafortunada criatura, él no distinguió mi presencia. Apuntó a la cabeza de la bestia, besando su frente con los labios del rifle, disparó de nuevo. Su cráneo se fracturó, salpicones de líquido escarlata mancharon mis facciones. Fue hasta que se dejó de mover que tuve la fuerza de levantarme de mi lecho de madera, lentamente, intentando no espantar al hombre que dejó escapar una exclamación de sorpresa ante la escena.

Mi madre me había enseñado a cazar, era muy buena ahorrándole sufrimiento a los animales que se convertían en nuestra cena. Rara vez les disparaba, prefería acariciarles las orejas, o hablarles hasta que ellos mismos se acercaran para terminar entre sus fuertes manos, de manera que ella gentilmente torcía sus pescuezos con un suave pero decisivo movimiento. Estaba familiarizada con la sangre, incontables veces la había ayudado a limpiar la carne de diversos cadáveres, incluso había degollado gansos y gallinas. Pero en ese momento yo no era una cazadora, era parte de la escena a mi alrededor de la misma manera que lo era el difunto venado. Su cuerpo relajado aplastando las plantillas, su mirada vacía, su bonito pelaje marrón con blanco ahora pintado de un rojo sucio. El hombre con el rifle me contemplaba de la misma manera que yo al otro, sin comprender la explicación detrás de la muchacha escurriendo con

sangre ajena que había surgido de entre la silueta del acebo.

Esa vez cuando regresé contigo, me preguntaste si había discutido con mi amiga, yo asentí, dejando que intentaras consolarme inútilmente. Cuando acostados en la cama te giraste dándome la espalda, yo pensé detenidamente en tu bonita complexión rendida sobre las almohadas, imaginando cómo cambiarías si una bala te atravesara los sesos; estarías ahí, por siempre tranquilo junto a mí, libre de las triviales preocupaciones que te impiden descansar, tu piel de mármol, tu pecho tranquilo, tus labios abiertos. Me fascinó la noción de que era la única manera en la que yo podría jamás dominarte, la única manera en la que podría superar el obstáculo de la fuerza, el cual claramente me mostraba como débil en tu sombra. Sin embargo nunca he deseado superarte, lo que verdaderamente persigo en sueños es la idea de que si tan solo un cazador diera con nuestro lecho para sacrificarnos en nombre del hambre, seríamos finalmente iguales. Iguales entre nosotros, iguales a la hierba, iguales al animal ausente.

El día que te conocí te admiré de la forma en la que he admirado a ciertas criaturas salvajes. No es que no parecieras un hombre civilizado, es cuestión de que tus movimientos parecían ser guiados por una fuerza externa a ti. Como si tus músculos tuvieran un propósito mayor, del que tú muy a penas eras consciente, simulando la esencia de las aves que sin saberlo buscan climas más cálidos en invierno. De nuevo evocas la imagen del oso, de nuevo me arrastras a la mañana en la que salí para recolectar arándanos.

Fue cuando encontré a mi madre entre el musgo bajo el acebo. Su cuerpo atorado a la par de las raíces, por un momento pensé que estaba jugando a las escondidas, o como yo había descubierto la ambición de convertirse en hierba. Yo estaba lista para corretear a su lado, con la canastillas de arándanos rebotando alegremente en mi brazo, pero sus ojos se detuvieron sobre los míos. Me invadió una sensación de inexplicable pánico, sentí como si gritara sin abrir su boca. Me ordenaba algo con aquella expresión extraña, la cual deformaba su rostro hasta dejarla irreconocible, su piel me recordaba a la corteza de viejos troncos. Me detuve por algunos segundos notando que el bosque guardaba un sepulcral silencio, las aves no estaban cantando, ninguna criatura revoloteaba, corría ni se arrastraba. Solo se podían escuchar las fuertes respiraciones detrás de las espinas de un pino ligeramente nevado, donde pude distinguir la asombrosa figura café del oso pardo. Mi madre se escondía con su inmovilidad, sus manos tiesas sobre la escopeta, su dedo preparado sobre el gatillo.

Mis piernas comenzaron a temblar, el pardo aún no me notaba, mas se acercó al acebo siguiendo su inquisitiva nariz, lentamente cargando su cuerpo hasta donde ella permanecía acostada, los cabellos en mi cuerpo se erizaban en contra de mi voluntad, no sabía que hacer, mis nudillos

palidecían aferrándose al tejido de la pequeña canasta. Su pesada pata pisó la de mi madre, pude ver como su rostro se retorció de dolor, pero ningún grito se le escapó, traté de imaginar cómo se sentía. Lágrimas de desesperación escurrían por mis mejillas, recordando la vez que nuestro closet se había abalanzado sobre ella fracturando su pie. Tampoco en esa ocasión se había dejado dominar por el dolor, en su lugar aprovechó para enseñarme cómo tratar la herida con voz tranquila.

En ningún instante consideré que tuviera la intención de disparale, incontables veces me arrulló con leyendas de espíritus del bosque en forma de bestias salvajes que merodeaban por los alrededores. Castigando a aquellos que abusaban de su poder, recompensando a los que sabiamente respetaban sus deseos. El oso comenzó a rasguñar el árbol parándose sobre sus patas traseras, escuché como algo tronaba, mi madre cobraba un color enfermizo. Pero su dedo decisivamente levitaba sobre el gatillo, no se movía ni un solo centímetro. ¿Cómo olvidar esa escena? Una lucha silenciosa entre mi muda madre, el oso inconsciente y mi cuerpo congelado.

El aire helado me golpeaba la cara, sin embargo mordía mi lengua para evitar tiritar de frío. El animal partió, siguiendo su camino sin advertir las atrocidades del que ahora era responsable. Corrí hasta mi madre con desenfreno, rodeándola con mis brazos. Así permanecemos hasta que estelas de sangre resbalaron por su nariz, sus grandes ojos se abrieron al cielo, diminutos copos de nieve se acomodaron sobre su cuerpo inmóvil mientras yo me deshacía en llanto.

Ya está comenzando a amanecer, el sol entra por la ventana para acariciarte entre sueños, iluminando tu cuerpo con su luz anaranjada. Te retuerces sobre tu espalda, girando para buscarme a tu lado, tanteando las sábanas con tus palmas hasta que me encuentras, apretándome junto a ti. Cierro mis ojos, imaginando que los dos estamos a los pies del acebo, que tus brazos son raíces, que mi cabello es musgo. Pensando que tal vez tu no eres el pardo, que yo no soy el venado, que los años vividos en la cabaña han quedado atrás. Que tal vez los bosques si son lugares tenebrosos, que hago bien encerrándome contigo en este castillo de almohadas. Me aseguro que estoy loca por compararte con un oso, que no tengo por qué imaginarme sosteniendo el gatillo de un rifle, que poseer y proteger son cosas muy diferentes.